

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Ontología y epistemología sociológica: el caso Deleuze-Latour.

Heredia, Juan Manuel.

Cita:

Heredia, Juan Manuel (2011). *Ontología y epistemología sociológica: el caso Deleuze-Latour*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/537>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Ontología y epistemología sociológica: el caso Deleuze-Latour

Juan Manuel Heredia*

Resumen

Según Dosse (1997), el vínculo entre filosofía y ciencias humanas recupera su intensidad hacia finales del siglo XX y asume como punto saliente el problema pragmático. Por nuestra parte, creemos que las nuevas condiciones habilitan a tomar en consideración no sólo un “giro pragmático” sino también un verdadero “giro ontológico” que subyace a las problemáticas de las llamadas ciencias sociales. Tomando en cuenta esta hipótesis, nos proponemos dilucidar la convergencia teórica entre un concepto filosófico y una nueva mirada sociológica sobre la acción y la composición relacional de los agentes. Particularmente, nos ocuparemos de analizar el concepto deleuziano de agenciamiento en correlación a la propuesta sociológica conocida como “teoría del actor-red”.

Palabras clave: Deleuze, Gilles; Latour, Bruno; agenciamiento; actor-red; pragmática

§1. Reconfiguración de relaciones entre filosofía y ciencias sociales

Para comprender las condiciones del problema que nos gustaría plantear, nos parece importante reseñar la transformación que sufren las relaciones entre filosofía y ciencias humanas hacia fines del siglo XX en Europa continental, y particularmente, en Francia. En este sentido, cabe señalar que hacia la década del sesenta, las relaciones entre la filosofía y las ciencias humanas se revelaban ambiguas y conflictivas. El establecimiento del estructuralismo en Francia y el reconocimiento institucional que asumen disciplinas como la lingüística, la antropología y el psicoanálisis, desencadenan una ruptura en la economía del saber que hasta entonces estructuraba las relaciones entre el discurso filosófico y las ciencias humanas. Comienzan a emerger, entonces, no pocos discursos que proclaman el fin de la filosofía. Asimismo, las dos filosofías dominantes en la escena francesa contribuían a acentuar la divergencia. Por un lado, el estructuralismo althusseriano proclamaba la superación de la filosofía y el establecimiento de una teoría científica de las prácticas sociales. Por otro lado, la ontología heideggeriana se mantenía a distancia de lo que consideraba la inautenticidad del mundo social y se refugiaba en la autonomía del campo filosófico. Entre ambos extremos, entretanto, se desarrollaba la tradición

* Licenciado en Filosofía (Universidad de Buenos Aires), Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG), becario del CONICET. Email: herediajuanmanuel@gmail.com

epistemológica francesa (Bachelard, Canguilhem) vinculada, de forma indirecta pero nada desdeñable, con la impronta de la filosofía bergsoniana¹.

A fines del siglo XX, sin embargo, asistimos -como señala el historiador François Dosse (1997)- a una transformación que redefine en el pensamiento continental las relaciones entre ambos campos de saber. El declive de los grandes paradigmas unificadores que afecta a las ciencias humanas² propicia un retorno al diálogo con la filosofía. En ese contexto, la filosofía recupera su doble función de proveer conceptos y asumir una tarea reflexiva sobre los contenidos científicos. Esta segunda dimensión, tradicional en filosofía, se vuelve tanto más necesaria frente a la atomización de las esferas científicas en técnicas y lenguajes inconmensurables entre sí. Asimismo, posibilita el establecimiento de una nueva epistemología en donde se reconfiguran las relaciones entre ciencias exactas y ciencias sociales y se relanzan problemáticas ontológicas de primer orden. Según Dosse, esta transformación constituye una inversión “impensada” y “espectacular”³. A los efectos de desplegar concretamente la transformación mencionada y avanzar en el planteamiento de las condiciones de nuestro problema específico, nos referiremos en lo sucesivo a dos cuestiones. Por un lado, un breve y limitado “estado de la cuestión” de la sociología europea en el último tercio del siglo XX, prestando especial atención a sus vínculos con la tradición filosófica y a su posición respecto de la tensión que ha organizado las ciencias humanas contemporáneas, esto es, la tensión entre actor y sistema, entre lo micro y lo macro-sociológico, entre estructuralismo y fenomenología. Ello nos permitirá dilucidar algunas relaciones concretas entre ambas esferas del saber, situar teóricamente la propuesta de la teoría del actor-red (TAR) y dar un marco al diálogo posible entre teoría social contemporánea y filosofía deleuziana. Por otro lado, desarrollaremos una brevísima caracterización de la filosofía deleuziana para situarla en el marco de la discusión filosófica contemporánea y poder, así, comprender sus diferencias ontológicas con otras tentativas de la teoría social.

Por un lado, entonces, es posible delinear sucintamente dos grandes grupos de perspectivas en la teoría social de fin del siglo XX. En términos generales, podemos distinguir entre aquellas teorías que otorgan una preponderancia analítica a las estructuras sociales y a los fenómenos macro-sociológicos, de aquellas que se focalizan más intensamente en análisis micro-sociológicos, asumiendo una orientación intersubjetiva, “cualitativa” e “interaccionista” (Corcuff, 1995). Entre las primeras se destacarían las teorías de N. Elias, P. Bourdieu y A.

¹ En este contexto emergen las primeras obras de Foucault y de Deleuze. El primero, profundizando un diálogo crítico con las ciencias humanas y postulando el análisis arqueológico. El segundo, dedicándose a reconstruir una ontología de raíz nietzscheana contraria a los enfoques de la fenomenología y el hegel-marxismo.

² Hay que remarcar, sin embargo, la celosa autonomía que en este contexto mantiene la economía, donde el paradigma del monetarismo post-estructuralista se expande con velocidad.

³ “On assiste même à un renversement spectaculaire, puisque dans les années soixante les philosophes devaient alimenter leurs réflexions à partir des enquêtes empiriques et des résultats des laboratoires, alors qu’aujourd’hui nous avons vu que les chercheurs en sciences humaines vont le plus souvent chercher dans la philosophie les concepts dont ils ont besoin pour mieux analyser leur matériau empirique.” (Dosse, 1997: 407).

Giddens. En ellas, vemos un esfuerzo por superar el dualismo entre individuo y sociedad proponiendo nuevos esquemas de análisis (los conceptos de “interdependencia” y “configuración” en Elias; los conceptos de “campo” y “*habitus*” en Bourdieu; la teoría de la “doble estructuración” en Giddens). Asimismo, sus relaciones con la filosofía se manifiestan en la apropiación que hacen de la crítica wittgensteiniana a la sustancialización del lenguaje (Elias, Bourdieu), de la teoría del comportamiento de Merleau-Ponty (Bourdieu) y del análisis existencial de Heidegger (Giddens). En segundo lugar, entre las teorías más cercanas al “interaccionismo” podemos ubicar la fenomenología sociológica de P. Berger y Th. Luckmann, la sociología cognitiva (Aron V. Cicourel), la etnometodología de Harold Garfinkel y el marxismo analítico (Jon Elster). Las proposiciones de Berger y Luckmann se asientan fuertemente en el constructivismo fenomenológico de Alfred Schütz y su análisis sobre las estructuras del mundo de la vida. Bajo este esquema, el mundo social se revela como una “objetividad construida” por un proceso histórico e intersubjetivo de tipificación, sedimentación y cristalización de instituciones. La Sociología cognitiva, por otro lado, busca articular la herencia del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons con una teoría de la acción anclada en el análisis del lenguaje, la significación y el conocimiento. Harold Garfinkel, por su parte, construye su influyente etnometodología articulando el estructural-funcionalismo parsoniano con la fenomenología de Schütz. Por último, el marxismo analítico de Jon Elster llega a presentar una crítica a la noción de *rational choice* (como forma eminente de explicar la motivación de las acciones) y formula una teoría de las “normas sociales”, definiéndolas como modos de comportamiento, colectivamente compartidos, que se imponen como imperativos de grupo. Para Elster, entonces, la motivación de los comportamientos sería explicable por tres categorías: cálculos individuales, normas sociales y motivaciones mixtas. Entre sus influencias cabe señalar una exhaustiva lectura (anti-dialéctica) de Marx y la rehabilitación del sociólogo Georg Simmel. Por último, cabe señalar una “tercera vía” sociológica que hace uso de la ontología deleuziana y que formula algunos conceptos operativos para una teoría social empírica. En esta corriente (denominada “teoría del actor-red”) se inscriben las investigaciones de Bruno Latour, Michel Callon y John Law, entre otros (nos referiremos específicamente a esta perspectiva en un próximo apartado).

En suma, creemos que esta breve reseña indica, en primer lugar, el hecho de que la teoría social, si bien renueva sus conceptos en constante diálogo con los “padres fundadores de la disciplina”, no es independiente de recursos filosóficos y presupuestos ontológicos. En segundo lugar, si bien es cierto que todas las tentativas buscan superar los dualismos tradicionales (objetivo/subjetivo y colectivo/individual) y afirman una concepción constructivista, no es menos notable que sus estrategias se sitúan o bien más cercanas al estructuralismo o bien a la fenomenología. Por nuestra parte, intentaremos presentar en la relación Deleuze-Latour una articulación teórica singular que no se subsume a los grupos antes mencionados y que, mediante una redefinición ontológica de “lo social”, ofrece nuevos recursos conceptuales para escapar superar los dualismos y pensar la acción en la superficie: agenciamientos, redes, asociaciones, etc.

Por otro lado, para situar la perspectiva deleuziana en el marco del diálogo que proponemos, se impone delimitarla con respecto a otras tentativas de la teoría social contemporánea. En primer lugar, las relaciones con el estructuralismo francés se revelan conflictivas: contra la perspectiva estructural-global, Deleuze ofrece una ontología positiva de la inmanencia social en donde lo que se indaga son los agenciamientos locales y sus procesos de composición. Deleuze señalará que el estructuralismo es incapaz de captar el devenir empírico de las relaciones. En este sentido, recusará la metodología arborescente y binaria que determina a lo social como sistema de lugares y oposiciones, proponiendo un método rizomático y pragmático que –en el marco de una teoría de la multiplicidad- busque abordar la naturaleza conjuntiva y dinámica de los agenciamientos colectivos, para determinar el diagrama de sus relaciones. En segundo lugar, las relaciones con el marxismo se revelan ambiguas: al rechazo de la dialéctica como pensamiento fundado en la negatividad, hay que sumar la crítica a la distinción entre infraestructura/superestructura y a la imagen teleológica del devenir histórico. Para Deleuze, una sociedad no se define ni por su modo de producción, ni por sus contradicciones; se define por los agenciamientos de deseo a los que da lugar. En este sentido, privilegiará un análisis de los movimientos de masa por sobre una teoría de las clases. No obstante, el propio autor llega a definirse como influenciado por Marx y numerosos comentaristas prolongan esa línea de convergencia. Por un lado, Philippe Mengue (2008) señala que Deleuze puede considerarse marxista sólo porque intenta formular una nueva teoría del capital. Por otro lado, François Zourabichvili (2007) señala que el autor dialoga con el marxismo al plantear el problema de la producción de la existencia, pero –afirmado en una ontología de la inmanencia- ofrece una solución basada en el concepto de deseo como parte fundamental de la “infraestructura” productiva de la sociedad. Por último, la relación de Deleuze con la obra de Michel Foucault se revela convergente hasta cierto punto. A la mutua adscripción nietzscheana, hay que sumarle la perspectiva de abordar lo social a través de una teoría de las multiplicidades micrológicas que se ubica más allá del estructuralismo, la dialéctica y las diversas teorías de raíz fenomenológica. Para Deleuze, la filosofía foucaultiana se aboca a la construcción de una “pragmática de lo múltiple” (en un primer momento, para delimitar las condiciones de lo decible y lo visible en una determinada *episteme*; en un segundo momento, para especificar –mediante el concepto de dispositivo- los modos de subjetivación que producen determinadas formas de conducta). El autor comparte esta perspectiva pragmática (homologándola con la micropolítica y el esquizoanálisis), y también usufructúa la noción de “diagrama”. No obstante, ambas posiciones parecen bifurcarse en un punto fundamental: esta diferencia se percibiría comparando el concepto de dispositivo con el de agenciamiento. Si bien ambos poseen una definición similar (red de relaciones entre elementos heterogéneos que manifiestan una actividad conjunta), la divergencia parece encontrarse en que, para Foucault, los dispositivos son agenciamientos de poder, mientras que para Deleuze se trata fundamentalmente de agenciamientos de deseo. En la ontología deleuziana no serían los dispositivos de poder los constituyentes, sino los agenciamientos de deseo. Esta diferencia se comprendería teniendo en cuenta que la ontología social e inmanente de Deleuze se basa no sólo en una teoría de la multiplicidad sino

también en una teoría de la expresión. En suma, podemos situar la originalidad de obra deleuziana como la formulación de una ontología positiva que redefine la percepción de lo social, apoyándose en el concepto de agenciamiento y proponiendo una metodología pragmático-rizomática (hetero-génesis).

§2. Gilles Deleuze y el concepto de agenciamiento

El concepto de agenciamiento es, quizá, uno de los más importantes en la obra deleuziana. Con él se busca dar cuenta de modos de actividad que no remiten a un sujeto intencional ni se explican por la actualización relacional de propiedades o funciones estructurales. Convincentemente, uno podría pensar que la apuesta de Deleuze apunta a una suerte de funcionalismo sin estructura ni instancia externa de coordinación; de ahí que afirme que la, generalmente mal interpretada, noción de “rizoma” no sea más que una figura de “sistema abierto”⁴. Es decir, de un sistema que hace lugar en su interior a la diferencia, el acontecimiento, la contingencia y el devenir. En este sentido, partiendo de una ontología plana, Deleuze podría responder a la pregunta sobre lo real con un somero “hay agenciamientos”. La complejidad de la noción, su flexibilidad y su operatividad a variada escala, obligan a la prudencia; es por ello que, para el presente parágrafo, nos proponemos: (a) señalar algunas referencias para situar las coordenadas del concepto; (b) recorrer algunas de las determinaciones fundamentales que Deleuze y Guattari asignan al concepto.

En primer lugar, puede señalarse la afinidad parcial entre el concepto de agenciamiento y el concepto foucaultiano de dispositivo. Si bien ambos poseen una definición similar (red de relaciones entre elementos heterogéneos que manifiestan una actividad conjunta), la divergencia parece encontrarse en que, para Foucault, los dispositivos son agenciamientos de poder⁵, mientras que para Deleuze se trata fundamentalmente de agenciamientos de deseo. Es decir, en la ontología deleuziana no serían los dispositivos de poder los constituyentes, sino los agenciamientos de deseo. Esta diferencia se comprende teniendo en cuenta que la ontología de la inmanencia deleuziana se basa no sólo en una “pragmática de la multiplicidad” sino también en una teoría de la expresión de raíz spinoziana. En este sentido, Deleuze-Guattari señalan:

“Nosotros sólo estamos en desacuerdo con Foucault en los punto siguientes; 1.º) no nos parece que los agenciamientos sean sobre todo de poder, sino de deseo, deseo que siempre está agenciando, y el poder sólo es una dimensión estratificada del agenciamiento; 2.º) el diagrama o la máquina abstracta tienen líneas de fuga que son primeras, y que no son, en un agenciamiento, fenómenos de resistencia o de respuesta, sino máximos de creación y de desterritorialización” (1980 [2002], §5, n. 36: 153).

⁴ Cfr. Dosse, 2007 [2009]: 318.

⁵ Para Deleuze, la filosofía foucaultiana se aboca a la construcción de una “pragmática de lo múltiple” (en un primer momento, para delimitar las condiciones de lo decible y lo visible en una determinada *episteme*; en un segundo momento, para especificar –mediante el concepto de dispositivo- los modos de subjetivación que producen determinadas formas de conducta). Cfr. Deleuze, 1986 [2003].

Esta diferenciación nos lleva a una segunda observación. Muchas veces se malinterpreta la filosofía deleuziana como fundada sobre una teoría de la libertad natural, una libertad salvaje que –superados los mecanismos represivos y disciplinarios- se realizaría plenamente. Este equívoco, si bien comprensible, es prontamente revocado por los autores. En una entrevista, preguntado sobre cual es la unidad nodal de *Mil Mesetas*, Deleuze declara: “*Acaso sea la noción de agenciamiento (que reemplaza las máquinas deseantes)*”⁶. Ciertamente, tras la publicación de *El AntiEdipo* una de las críticas más graves formuladas a la obra fue el punto antes mencionado, al cual se le sumaban acusaciones de un supuesto elogio de la esquizofrenia e imputaciones de variada índole. Estas críticas inauguradas por Massimo Cacciari [1993], se siguen escuchando y reproduciendo. De aquí, quizás, la importancia del concepto de agenciamiento, con el cual, como declara Deleuze, se busca poner fin a dichos equívocos hermenéuticos y, por que no, a los propios problemas teóricos del primer tomo de *Capitalismo y esquizofrenia*. En cualquier caso, es cierto que la ontología social de Deleuze y Guattari comienza con la afirmación de que hay que pensar lo social a partir de su productividad y su actividad, y no como resultado de un compuesto de materia y forma, de naturaleza y cultura, etc. Dicha ontología positiva, de inspiración spinoziana, no parece basarse en la libertad o la intencionalidad de un sujeto, sino en fuerzas expresivas preindividuales e impersonales, productoras de acontecimientos. En suma, la discusión está abierta y no es lugar aquí ni de zanjar dicho debate ni de analizar lo que pervive y lo que muere de la noción de “máquinas deseantes” –cuya función de combate contra el estructuralismo ya ha cumplido su papel en la historia de la filosofía contemporánea.

Cabe ahora referirse sucintamente a las principales determinaciones que asume la noción de agenciamiento. En primer lugar, Deleuze ya introduce la noción en 1977 y señala: “La unidad real mínima es *el agenciamiento* (...) El agenciamiento es el co-funcionamiento, la «simpatía», la simbiosis” (1977 [1980]: 61). En el marco de un sistema (rizomático) abierto, de una ontología plana y de una multiplicidad de entes presupuesta, los agenciamientos manifiestan formas de actividad conjunta entre elementos heterogéneos y entes de diversa naturaleza (elementos técnicos, sociales, biológicos, discursivos, institucionales, etc.). En este punto, la noción se revela flexible y aplicable a diferente escala, además de ser aún oscura. Páginas después, el filósofo francés subrayará que los agenciamientos y sus elementos componentes adquieren unidad en su *co-funcionamiento*; es decir, el criterio que determina el ensamblaje de un agenciamiento es pragmático y funcional, con él se busca superar la dicotomía acontecimiento/estructura señalando que las relaciones de asociación que moviliza un agenciamiento poseen en sí aspectos tanto estabilizantes y territorializantes, cuanto potencialidades transformadoras y desterritorializantes. Asimismo, las nociones de simbiosis y simpatía subrayan el carácter no necesariamente humano o intersubjetivo de los agenciamientos; como se sugerido, los agenciamientos se componen de elementos heterogéneos que es menester desplegar, en ese sentido, la flexibilidad del concepto permitiría superar

⁶ Cfr. Dosse, 2001 [2009]: 318.

los dualismos naturaleza/cultura y espontaneidad/artificialidad. Pocas épocas como la actual revelan la emergencia de objetos y sujetos híbridos, nuevas realidades en las cuales la asociación funcional de elementos de naturaleza diversa (tecnológicos, discursivos, biológicos, humanos, institucionales, etc.) obliga a repensar el instrumental teórico.

En segundo lugar, con el concepto de agenciamiento, se busca también evadir otros dualismos: el de infraestructura y superestructura, el de condiciones subjetivas y objetivas, el de intencionalidad y contexto; por el contrario, se tratará de englobar en una misma noción la lógica de los enunciados y la lógica de los cuerpos, las palabras y las cosas, en una relación dinámica y pragmática de co-funcionamiento. En este sentido, Deleuze y Guattari (1980 [2002]) distinguen dos dimensiones del agenciamiento, por un lado, un “eje horizontal” en el cual se daría cuenta de la relación de *presuposición recíproca* entre “la lógica de los cuerpos” y “la lógica de los enunciados”; es decir, se mostrarían los dos rostros del agenciamiento. Por un lado, el ser un *agenciamiento maquínico de efectuación* que expresa una determinada mezcla de cuerpos, un estado de cosas. Aquí nos encontramos con cuerpos y elementos materiales que revelan una articulación pragmática y ontológica, se afectan unos a otros en un régimen de interacción maquínica, al tiempo que definen sus límites a partir del criterio de co-funcionamiento. Esta lógica de los cuerpos, daría lugar a una “formalización de contenido”, que daría el diagrama de las interconexiones materiales. Por otro lado, entonces, nos encontramos con el rostro semiótico: *agenciamientos colectivos de enunciación*, ellos buscan dar cuenta de regímenes de enunciación impersonales y anónimos que circulan en el campo social a través de consignas y que, en mediano plazo, pueden cristalizar en regímenes de signos⁷ (o máquinas semióticas) históricamente determinados. Esta lógica de enunciados debe mucho a la teoría de los *speech acts*, de ahí que retome el concepto de consigna para hacer explícito el vínculo entre proposiciones y acciones, mostrando así el mecanismo por el cual los enunciados intervienen directa o indirectamente en la lógica de los cuerpos. La relación entre ambos ordenes, entre forma de contenido y forma de expresión⁸, no es explicada en términos de paralelismo y, menos aún, de causalismo unidireccional. Simplemente se señala que hay una “presuposición recíproca” entre ambos órdenes y que, según el caso, el elemento deterritorializante y transformador o bien puede provenir de una nueva consigna, o bien de una nueva mezcla de cuerpos que desencadena enunciados y redefine el estado de cosas. Lo cual ya nos lleva a considerar la segunda dimensión de los agenciamientos: su territorialidad. Según este “eje vertical” habría un doble movimiento implicado en todo agenciamiento: un movimiento de estabilización, redundancia y regularidad (territorialización y re-territorialización) y un movimiento de transformación (desterritorialización, descodificación). Esta dimensión busca dar cuenta de los potenciales inmanentes de transformación con los cuales cuenta

⁷ El concepto de *Regímenes de signos*, se vincula a la noción foucaultiana de régimen de enunciados y *a priori histórico*, esto es, formas de lo decible y de lo visible en una determinada *episteme*.

⁸ En lucha contra la lingüística estructural y su distinción entre lengua y habla, Deleuze y Guattari retoman las teorías del lingüista danés Louis Hjelmslev y, fundamentalmente, su distinción entre una forma de contenido y una forma de expresión.

todo agenciamiento, con ello se busca escapar a las aporías de los dualismos actor / sistema y acontecimiento/estructura; pues el agenciamiento habilita y contempla –en su movimiento- tanto los procesos de estructuración cuanto de desestructuración. Estos procesos, cabe recordarlo, implican el movimiento imbricado de cuerpos, enunciados y acciones. El concepto, claro está, no se refiere a una voluntad subjetiva que agencia, sino que busca captar procesos de agenciamiento colectivo y maquínico. A su vez, dará lugar a una tipología de “líneas” (molares, moleculares, de fuga) (Deleuze-Guattari, 1980 [2002]), solidarias con el proyecto de un “empirismo trascendental” (Deleuze, 1993) que pueda comprender lo social a partir de la multiplicidad de sus movimientos y actividades.

En tercer lugar, y para terminar, caben señalarse algunas otras características de la noción de agenciamiento: (a) se manifiesta no en las relaciones de filiación o descendencia, sino en las relaciones de alianza, asociación y ensamblaje de elementos heterogéneos; en este sentido, el campo social no se define ni por su modo de producción ni por un abstracto consenso de la opinión pública, se define por el conjunto de agenciamientos efectivos que en él tienen lugar; (b) los agenciamientos no son ni expresan ideologías, son modos de actividad que articulan discursos, prácticas, cuerpos, instituciones, técnicas, etc., de modo específico, reconstruyendo así las conexiones pragmáticas que producen realidad; (c) los agenciamientos no son ni anárquicos ni abstractos, por un lado, son verdaderas construcciones históricas ligadas a condiciones precisas, por otro lado, no son independientes de los regímenes de sujeción instituidos y de los regímenes de enunciados dominantes; en este sentido, todo agenciamiento mantiene una relación inmanente con la máquina social⁹ que lo envuelve y que él efectúa de modo particular.

En suma, la sociedad no se define ni por la comunicación intersubjetiva ni por la interacción simbólica de sus individuos ni por su modo de producción; se define por el conjunto de agenciamientos a los que da lugar y por las relaciones de alianza y co-funcionalidad entre agenciamientos. Así, en el marco de antagonismos que definen lo político, sería posible captar máquinas expresándose y operando en el campo social, es decir, determinados agenciamientos singulares que definen diagramas de relación entre *regímenes de signos* y *regímenes de*

⁹ La noción de “máquina” es compleja y ocupa el corazón de la ontología deleuziana, exponerla claramente supera largamente las posibilidades de este trabajo. Sin embargo, para situarla quizá sea instructivo señalar que con dicho concepto los autores buscan un sustituto de la noción de “estructura”, un reemplazo que en lugar de tomar la lengua como una composición de constantes o de invariantes (sintácticas, semánticas o fonemáticas), busca captar, por un lado, la conexión de lo lingüístico con lo no lingüístico y, por otro, dar cuenta de las transformaciones inmanentes del lenguaje, es decir, de sus potencialidades internas de variación. En este sentido, toda constante no es más que la universalización y estabilización (política) de una variable determinada. De este modo, si se suscribe la idea de que hay invariantes lingüísticas, habrá que suscribir la idea de que la pragmática está condenada a ser un residuo externo al sistema del lenguaje, una variable que simplemente se asigna a la competencia del hablante o a circunstancias externas particulares. La apuesta de Deleuze, por el contrario, es incluir las variantes y las variables (la contingencia, la diferencia, el acontecimiento) entre los axiomas mismos de su ontología, lo cual es igual a decir que es necesario estudiar la lengua no a partir de su estructura sintáctica o semántica, sino a partir de la pragmática –de la cual dependen las otras dimensiones de la lengua y en la cual se expresa la relación inmanente entre acción, palabra y cosas para una sociedad determinada.

cuerpos. En el marco de esta complejidad ontológica, el lenguaje aparece como actividad pragmática y se manifiesta en agenciamientos colectivos de enunciación que comprometen (e intervienen en) las acciones y pasiones de los cuerpos. Dichos agenciamientos se nutren de *consignas*, es decir, actos de palabra que pueblan un campo social y definen un conjunto de prácticas lingüísticas colectivas e impersonales¹⁰.

§3. Bruno Latour y la teoría del actor-red

En un campo sociológico bipolar donde o bien se parte de la estructura global para llegar a la interacción local, o bien analiza de la interacción “cara a cara” para arribar a conclusiones estructurales y sistémicas¹¹, surge una “tercera vía”. En tal marco este marco, emergen los trabajos de Bruno Latour, Michel Callon y John Law; los cuales adquieren reconocimiento público por sus contribuciones a la sociología de las ciencias y las técnicas, y, en particular, por la formulación de la “teoría del actor-red”. Se pueden reconocer tres fuentes de inspiración: (a) el programa fuerte de sociología de las ciencias de David Bloor (1982), del cual extraen los principios de imparcialidad y de simetría, dando forma a una “metodología relativista”; (b) la filosofía de las ciencias de Michel Serres, de la cual extraen el fundamental concepto de “traducción”; (c) el influjo de la obra de Gilles Deleuze¹² en general, y de los conceptos de “multiplicidad”, “rizoma” y “agenciamiento” en particular. Latour, además, manifiesta convergencias con el pensamiento de Harold Garfinkel y con la sociología de Gabriel Tarde —este último revela otro punto de contacto con Deleuze.

En términos generales, la teoría del actor-red moviliza una crítica radical de la ontología (y la metodología) de la sociología tradicional. Recorramos, entonces, algunas de sus tesis. En primer lugar, según Latour, no es posible inscribir a esta teoría social empírica en alguno de los dos grandes grupos que pueblan el campo sociológico. Contra el plano estructural, Latour denuncia el salto que vincula de forma especulativa lo local con su contexto, estructura o marco global; en este sentido, cuestiona a “la sociología de lo social” por manejar conceptos demasiado generales, por presuponer lo que debería explicar (lo social), por prejuzgar con tipos ideales inadecuados la existencia de grupos sociales e individuos intencionales sin explicar su proceso de individuación, por no prestar suficiente atención a las justificaciones de los propios agentes, etc. Contra el plano del *interaccionismo*, Latour cuestiona la supuesta empiricidad de las interacciones cara a cara: “*la noción de interacción local tiene tan poca realidad como la estructura global*” (Latour, 2008: 289). En este sentido, por un lado, señala que las interacciones no son exclusivamente intersubjetivas, sino también interobjetivas (es decir, los objetos también tienen capacidad de “agencia”) y, por otro lado,

¹⁰ Deleuze-Guattari: “El lenguaje sólo puede definirse por el conjunto de consignas, presupuestos implícitos o actos de palabra, que están en curso en una lengua en un momento determinado” (1980 [2002]: 84).

¹¹ Cfr. Corcuff, 1995.

¹² Cfr. Dosse, 1997: 31-32.

afirma que el concepto de interacción no es del todo inadecuado, pero que debería incluir en sí un número mucho mayor de interacciones y de elementos constituyentes (para devenir similar a la noción de actor-red). En este punto, Latour parece manifestar mayor afinidad con la “microsociología” (particularmente, con la de Garfinkel y la de G. Tarde) que con el estructuralismo, pero dicho vínculo no es filiación o descendencia, sino que se manifiesta en una reconfiguración singular y en un replanteamiento ontológico y metodológico de la teoría sociológica. Respecto de la bipolaridad micro-macro, señala:

“No hay una microsociología y una macrosociología, sino que hay dos maneras diferentes de ver la relación micro-macro: la primera construye una serie de muñecas Matrioshka rusas –lo pequeño es encerrado, lo grande encierra- y la segunda despliega conexiones: lo pequeño es estar desconectado; lo grande es estar ligado” (Latour, 2008: 258).

Contra las abstracciones de ambos planos, se postula el concepto de “red” (o “traducción”), como elemento empírico-descriptivo, permite reconfigurar el marco analítico de la sociología –superando tanto la perspectiva estructural cuanto la interaccional. En este sentido, propone fijar la atención en lo que conecta empíricamente unos sitios con otros para poder, así, reensamblar los componentes de lo social y mostrar procesos de individuación colectiva. Dicha tarea se revela posible partiendo de una nueva topografía (anclada en el concepto de “oligópticos”), focalizándose en algunas entidades operativas (“conectores”, “mediadores”, “articuladores”, etc.) y haciendo uso del concepto de “red”: *“Nuestro vehículo es la noción de traducción o de red. Más flexible que la noción de sistema, más histórica que la de estructura, más empírica que la de complejidad”* (Latour, 2007: 18). En este sentido, se afirma que los agentes se encuentran inmersos en relaciones dinámicas de asociación, traducción e inter-traducción, y que, en dicho proceso, el mundo se construye y se deconstruye, se estabiliza y se desestabiliza. Estas múltiples actividades de traducción (entre individuos, grupos y objetos), constituyen redes. Ellas son el resultado más o menos solidificado de dichos procesos de traducción y asociación (Corcuff, 1995). Los autores se interesan particularmente en las “redes socio-técnicas” y en los “objetos híbridos”, buscando captar en ellos el funcionamiento conjunto de elementos heterogéneos y planteando una rigurosa equivalencia ontológica entre dichos elementos (ontología plana). Por este camino, Latour llega a homologar la teoría del actor-red con una *“ontología del actante-rizoma”* (2008; 24).

En segundo lugar, dada la imposibilidad de situarse en el plano estructural o en el interaccional, Latour subraya la necesidad de abordar lo social desde una ontología plana y bidimensional, pues de ese modo se pueden captar –en la superficie- los rastros que dejan las relaciones empíricas de co-funcionamiento entre elementos asociados, y por otro lado, se pueden captar los “articuladores” y “mediadores” que relacionan los distintos lugares locales, dando un plano de continuidad a las interconexiones que constituyen lo social; evitando así la “tercera dimensión” estructural. Con aire deleuziano, Latour imagina “un mundo bidimensional hecho sólo de líneas” (2008: 246). Es precisamente sobre esta ontología plana que la teoría del actor-red se vuelve operativa y revela su carácter metodológico. En tercer lugar, vale remarcar que esta corriente teórica no busca

definir a los grupos sociales por sus intereses, sus propiedades o su función, de hecho, desconfía de los conceptos generales que emplea la sociología tradicional. Para Latour (2008), el foco debe estar puesto en la formación de los grupos, en su ensamble y en su preservación, pues en su perspectiva los grupos sociales no son ni tan predecibles ni tan estables ni tan humanos como se los supone. Contra la sociología tradicional, la teoría del actor-red cuestiona la sustancialización de “lo social” y propone, en cambio, una “sociología de las asociaciones” que rastree las conexiones empíricas y pragmáticas que manifiestan determinadas relaciones de co-funcionamiento. Lo social no puede ser presupuesto, sino que debe ser explicado en su lógica de constitución, es decir, en el análisis de los procesos de individuación colectiva. Es decir, no lo social, sino la asociación.

En cuarto lugar, Latour señala que la capacidad de agencia no sólo debe designarse a los sujetos humanos, sino que los objetos, artefactos y cosas también agencian, también actúan y son parte activa de las redes. En este punto, la tecnología aplicada que se manifiesta profusamente en nuestra época, nos ofrece ya una pista de la capacidad activa de los artefactos y su total intervención en los procesos de individuación (individual y colectiva) en curso. Sobre este aspecto, la teoría del actor-red retoma la crítica de la subjetividad y la forma-Hombre, proponiendo un esquema descentrado que pueda dar cuenta de asociaciones híbridas que amplían los campos de la consideración sociológica y que revelan nuevas realidades, nuevos ensamblajes y asociaciones, irreductibles a las teorías de la conciencia intencional y de la comunicación intersubjetiva.

§4. Conclusión

En el marco del diálogo contemporáneo entre filosofía y ciencias sociales, hemos buscado en este escrito sobrevolar un caso concreto en el cual se manifiesta una articulación entre ontología y perspectiva pragmática. En efecto, tanto en Deleuze cuanto en Latour, se manifiesta el mismo gesto de replantear las condiciones problemáticas de los estudios sociológicos y proponer determinados conceptos operativos para captar asociaciones, ensamblajes y agenciamientos. Hemos buscado rastrear algunas de las convergencias más notables entre ambos corpus teóricos y, tras ese recorrido, podemos recordar algunos puntos. En primer lugar, el acento puesto en el co-funcionamiento de elementos heterogéneos, más allá de las perspectivas estructuralistas, fenomenológicas e interaccionistas. Tanto el concepto de agenciamiento cuanto el de “actor-red”, buscan atrapar conceptualmente asociaciones, ensamblajes y paquetes de relaciones que manifiestan formas de actividad que no encajan ya en los esquemas heredados, sus tipos ideales y sus límites disciplinares. En segundo lugar, y en relación a lo antedicho, ambas perspectivas afirman una ontología plana que no da preeminencia axiológica a los humanos por sobre los animales, las bacterias o los artefactos tecnológicos, sino que los considera a todos en tanto elementos heterogéneos que forman parte de agenciamientos, de asociaciones y de procesos de individuación colectiva. De aquí la reivindicación de los elementos no humanos y su capacidad de intervención pragmática y constituyente. En tercer lugar, ambos corpus teóricos agudizan una atención pragmática y experimental

que busca dar cuenta, en términos concretos y empíricos, de las múltiples relaciones operativas, dinámicas y abiertas, que se manifiestan en un campo social dado.

En suma, no hemos querido más que introducir un problema (la relación Deleuze-Latour) y situar sus condiciones histórico-filosóficas. En este sentido, en el marco de un nuevo escenario en el cual parecen revitalizarse las relaciones entre la filosofía y las ciencias sociales; nos ha parecido importante llamar la atención sobre una convergencia singular que revela la posibilidad de articulación entre ontología y práctica social. En este punto, vale aclarar el carácter casi “preliminar” de este trabajo y el hecho de ser un objeto de estudio en curso.

Bibliografía

- CACCIARI, Massimo, *Racionalidad e irracionalidad en la crítica de lo político en Deleuze y Foucault*, en VV.AA., “Disparen sobre Foucault”, El cielo por asalto, Bs. As., 1993.
- DELEUZE, Gilles, *Diálogos* [1977], Pre-Textos, Valencia, 1980.
- , *Foucault*, Paidós, Barcelona, 1987.
- DELEUZE, Gilles / GUATTARI, Félix, *El Antiedipo*, Seix Barral, Barcelona, 1973.
- , *Mil Mesetas* [1980], Pre-Textos, Valencia, 2002.
- DOSSE, François, *L'Empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, La Découverte, Paris, 1997.
- , *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*, FCE, Buenos Aires, 2009.
- CORCUFF, Philippe, *Les Nouvelles Sociologies*, Éditions Nathan, 1995.
- LATOURE, Bruno, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, Bs. As., 2008.
- , *Nunca fuimos modernos: ensayo de antropología simétrica*, Siglo XXI, Bs. As., 2007.